

EL NACIONALISMO: UNA REALIDAD DE NUESTRA SOCIEDAD

Jesús A. Valero Matas
Universidad de Cantabria

Debemos considerar que el nacionalismo es una cuestión subyacente de nuestra sociedad. Es un producto nacido de las transformaciones sociales, económicas y políticas acaecidas desde los principios de la humanidad. Atendiendo al proceso histórico debemos preguntarnos ¿cuándo tuvo su gestación el nacionalismo?, la respuesta es harto compleja, porque desde tiempos remotos los individuos han tratado de agruparse en comunidades con elementos de identificación comunes, familia, religión, etnia, ideología, etc. Con estos elementos y como punto de fuga de la historia deberíamos hablar de protonacionalismo, prenacionalismo y nacionalismo, y este último con una doble clasificación: moderno y contemporáneo.

Independientemente de la ordenación que realicemos para denominar el nacionalismo y su proceso, parece claro que son varias las variables que intervienen en la gestación del nacionalismo, categorizadas en cuatro grandes grupos: sociales, políticas, económicas y culturales, a su vez, deben ser clasificadas en necesidades objetivas y subjetivas.

Desencadenantes y desarrollo del nacionalismo

La deteriorada figura y el mal hacer de los señores feudales fueron el detonante para la agrupación de individuos en entidades (léase estado) con potestad de decisión para gestionar sus proyectos de vida. Algo similar aconteció con la primera

revolución industrial, que con su hacer redujo a los artesanos al mero plano productivo despojándoles de su espacio de influencia. La concatenación de estos factores asociados a cuestiones intrínsecas del propio devenir social conllevaba soterradas cuestiones de identificación nacional, quizás no con el grado de interacción socio-político-económico que hoy inciden en nuestra forma de entender la vida, pero indudablemente fueron el germen del nacionalismo moderno.

Una de las consecuencias que dio lugar a la agrupación de individuos en una unidad político estructural homogénea para constituir una entidad menor separada de la estructura feudal recayó en principios culturales. Mientras la estructura política en sus implicaciones fue homogénea no aconteció de igual manera con la composición humana que resultó ser heterogénea. En este punto debemos considerar que hasta el establecimiento de agrupaciones humanas estables muchos de los grupos tribales fueron deambulando por múltiples tierras hasta encontrar enclaves geográficos adecuados como aconteció con los pueblos eslavos de centro-europa. La transformación del *modus vivendi* de estos pueblos nómadas a pueblos sedentarios llevó a distintas tribus a desplegar formas políticas y económicas de gestión en áreas geográficas cercanas. Esa tranquilidad de convivencia se vio trastocada por invasiones y políticas expansionistas de tribus guerreras, entonces estos pueblos tuvieron que adoptar mecanismos de defensa. La solución pasó por unificarse o someterse a unidades mayores. Las nuevas agrupaciones de individuos estaban amparadas por valores culturales muy diferentes, estableciendo una estructura social nueva y con una arquitectura cultural con mezcla de costumbres, hábitos, mitos, etc. Como aconteció durante la *pax romana* que demostró la posibilidad de convivencia y coexistencia de pueblos durante siglos. Los romanos con su política expansionista mantuvieron 5.000 km de territorio unido bajo el imperio. En este periodo se sucedieron pequeños conatos de independencia por parte de los pueblos anexionados pero éstos en ningún momento utilizaron la cultura como eje de independencia. Las luchas fueron contra las formas de gobierno romanas para con sus colonias. A pesar de ello, Roma logró mantener la armonía entre los pueblos al aplicar en su política colonial la incorporación de costumbres, ritos, religiones, etc. no sometiendo a estos pueblos a los dioses y formas de vida romanas y gestionando la administración local bajo la tolerancia de culturas.

En este intento de alcanzar un equilibrio organizativo, la interacción humana intentó conjugar la base cultural de cada pueblo de manera que se inquirieron meca-

nismos de identificación comunes que dieran consistencia al grupo. El crisol cultural y étnico aparecido de esta obligada unión no se transformó en un rechazo de unos individuos hacia otros, todo lo contrario, apareció un componente de integración plena entre los distintos pueblos asociativos, de manera que podían pasar a formar parte de la organización territorial cualquier organización tribal que quisiera incorporarse a esta relación asociativa de individuos.

Este tipo de ritual político se ordenó bajo la categorización de tres elementos, alteridad, pluralidad e identidad. Pasaron a ser los pilares que regían la administración popular manteniendo una función coherente y bien dirigida del grupo. El problema surge cuando uno de los tres principios se aísla de los otros, es entonces, cuando los cimientos empiezan a resquebrajarse a consecuencia de la pérdida de consistencia. Cuando esto acontece se produce un efecto lapa. El principio disociador comienza a buscar elementos que den coherencia a su acción y refuerzan su posición para poder construir un nuevo sistema político, entonces el elemento disidente se asocia a cualquier componente diferenciador adquiriendo para sí, internalizando sus características.

La pluralidad era muy corriente en la formación de las ciudades estado y durante su consolidación. El periodo formativo de los núcleos poblacionales se caracterizó porque cada grupo étnico-cultural mantuvo vivo sus valores y aceptó los principios culturales reguladores del otro, evitando la controversia y el rechazo del resto de los participantes. Aunque no se miraba la afiliación religiosa, cultural o étnica, la nota lingüística podía ser elemento de exclusión del otro, porque la colectividad interpretaba el uso de una lengua distinta como una amenaza al ensamblaje humano. Principalmente motivado por la imposibilidad de comunicación entre todos los miembros y pasaba a ser entendido como proceso de segregación entre los ciudadanos.

La alteridad o mejor dicho la doble alteridad¹ fue sin duda el elemento clave para el mantenimiento del ritual social. Cada individuo elaboraba su propia observación hacia el otro, y analizaba las interacciones emanadas de las percepciones

1. Me refiero a la doble alteridad porque debe existir una realimentación comunicativa respecto de la aceptación, de no ser así, encontramos un rechazo o temor que impide el acercamiento al otro. La negación de la doble alteridad se traduce en una negación del otro, y entramos en una situación de exclusión que en su caso más extremo nos introduce en la xenofobia y racismo.

desde su yo hacia el otro y desde el otro a su yo, de manera que analizaba las implicaciones derivadas de su observación. En el proceso vivencial no intervenía únicamente la conciencia protectora del poder, también los miembros de la colectividad realizaban valoraciones de su mundo social. El sumergirse en ese mundo de internalización y externalización ponía en escena una defensa activa del sistema y desplegaba un proceso de control somero ante los posibles devaneos excluyentes (bien de grupos internos, del estado o incluso de agentes externos) de la estructura social.

La identidad del grupo² giraba entorno a dos funciones. Una, procedente de la identificación con su grupo de pertenencia y, la segunda, la identificación con el grupo de referencia del nuevo estado. La identificación de ambos conceptos desencadenaba un fuerte sentimiento de identificación que cohesionaba la estructura social y construía un muro de contención impidiendo la disociación interna o la agresión externa y, ensalzaba los valores, costumbres, hábitos, la conciencia interna, etc., de la nueva “cultura popular” sobre la cual se había edificado el nuevo estado.

Las dependencias colectivas se desmoronaron al desintegrarse distintos elementos que hasta el momento habían estado entrelazados entre sí, de manera que cada uno de los componentes empezó su andadura por separado y la internalización colectiva se tornó en internalización individual poniendo en la esfera social nuevos elementos de identificación particular que más tarde darían paso a una nueva forma de entender el proyecto de vida enclavado sobre principios económicos, el capitalismo.

El capitalismo atrapó a los individuos en una espiral centrífuga que proyectó todo su quehacer sobre principios económicos que acabaron por convertirse en vicios privados desechando la acción colectiva. La fuerza centrípeta social que había primado en los años de unificación acabó por desaparecer. El proceso para la creación de un estado cambió de dirección y el componente cultural de unidad frente al entramado arcaico de dominación pasó a tener un fondo ideológico. Las filosofías emergentes introdujeron en las conciencias humanas una dialéctica de lucha

2. Hablamos de la identidad del grupo porque en la nueva convivencia existían múltiples grupos muy diferentes, y aunque todos daban existencia a la nueva organización político-social, cada uno mantenía activa su identidad.

de clases, anteponiendo en sus discursos una retórica de la igualdad entre sus gentes, para hacerse con el poder y destronar a las jerarquías económicas. Para ello utilizaron la influencia de la cultura, las costumbres y los ancestros. En algunos casos crearon relatos y hazañas para sentar las bases del nacionalismo que se estaba fraguando, y emplearon nuevamente la cultura como sustancia adhesiva a la ideología nacionalista.

Para entender algunas de las cuestiones anteriormente dichas y entrelazarlas con los datos siguientes vamos a remitirnos a una acepción etimológica de nacionalismo “movimientos de los individuos que toman conciencia de constituir una comunidad nacional en razón de los vínculos históricos, étnicos, lingüísticos, culturales, económicos, etc., que les unen”³.

El mantenimiento de algunos imperios del absolutismo y el desarrollo del capitalismo hizo que los sectores incipientes (burguesía y proletariado) lucharan contra los monarcas y la vida social que giraba entorno a ellos. ¿Cuáles eran las claves? Los imperios y las naciones consolidadas bajo un crisol étnico educaban a los súbditos bajo principios igualitarios para crear una cultura uniforme e impedir el resquebrajamiento del nuevo estado. Como señala Graff⁴,

“La función más elevada de la escuela moderna era enseñar un nuevo patriotismo más allá de los límites naturalmente reconocidos por sus alumnos. La escuela era el primer agente de socialización. El mensaje se comunicaba más eficazmente junto con la lectura y la escritura. La tarea de la escuela incluía no sólo el establecimiento de la unidad en una nación dividida durante mucho tiempo por regiones, cultura, lengua y las persistentes divisiones sociales de clase y riqueza. Aprender a leer y a escribir implicaba la repetición constante del catecismo cívico nacional en el que el niño era imbuido de todos los deberes que de él se esperaban: desde defender el estado hasta pagar impuestos, trabajar y obedecer las leyes”.

Durante unos años fue válido para el estado pero a medida que fue desarrollándose el capitalismo aparecieron sectores divergentes a la aceptación de unidad de muchos pueblos. El capitalismo tuvo dos consecuencias, un mayor número de al-

3. Según el diccionario de la RAE.

4. Graff, H. J. (1987), *The Legacies of Literacy*, Indian University Press, Bloomington, p. 265.

fabetización y, por tanto, un incremento cultural. La segunda, una nueva forma de entender la política y de dominación. Estas dos consecuencias repercutieron entre las distintas territorialidades que conformaban la diversidad étnica del estado.

Esta educación nacional se puso en contra del estado unificador cuando las elites locales empezaron a perder su influencia producto de la centralización del nuevo poder. Entonces los líderes locales con el objeto de frenar las intenciones estatales y no olvidar sus rasgos específicos crearon su propio sistema educativo de adoctrinamiento y fundan pequeñas escuelas donde se enseñaba el espíritu regional. Ante las amenazas y desmitificación de su base cultural junto a las fluctuaciones morales y problemas coyunturales reforzaron sus raíces identitarias alterando algunas de las costumbres heredadas, otras se inventaron y otras se adaptaron a las nuevas necesidades.

El nuevo estatus nacional central supuso para la cultura local una pérdida de valores identitarios como en algunos casos fue la lengua vernácula. La imposición de una *cultura unificadora* trasladando lo propio al fondo de un baúl en favor del adoctrinamiento de la “cultura popular unitaria”. Esto resultó ser un arma arrojadiza contra el estado y el mecanismo de aculturación se volvió contra sí, al utilizar los cabecillas locales los mismos procedimientos para reeducar a los suyos.

El círculo dominante central tenía unos intereses culturales y sociales diferentes a los líderes locales. Los primeros utilizaron los mecanismos culturales nuevos para eliminar la identidad regional con un derecho y educación común, no reparando en las diferencias culturales y los rituales que diferenciaban a las distintas nacionalidades integradas en el estado. Conscientes de la situación, los nuevos salvadores de la identidad de las minorías nacionales se apoyaron en lo contrario de lo establecido por el estado centralizado reivindicado el derecho a la autonomía, el derecho a la diferencia, el derecho a una cultura propia, etc. El vacío manifestado entre el estado y los distintos grupos étnicos se debió a la laguna del proceso político y cultural diseñado para con las minorías. Los políticos de la minoría recurrieron a la simbolización de su espacio geográfico con el objeto de generar una mayor identidad. Al respecto dice Melucci⁵:

5. Melucci, A. (1989), *Nomads of the Present*, Hutchinson Radios, Londres, p. 34.

“Los componentes innovadores de los movimientos etno-nacionales, a pesar de una cuestión de minoría ligada a su lucha contra la discriminación y por los derechos políticos también posee un carácter predominantemente cultural. La llamada étnica lanza su desafío a las sociedades complejas en cuestiones tan fundamentales como los objetivos del cambio y la producción de identidad y de significado”.

Sobre la imagen de nación, el nacionalismo edificará su ideología de identificación popular y pondrá en escena la interacción entre sujetos bajo el concepto de identidad nacional. Como bien expuso Gellner⁶:

“El nacionalismo no es el despertar de las naciones a la conciencia de sí; inventa naciones donde no existen, pero necesita que existan de antemano algunos signos distintivos en los que basarse, *incluso cuando su desarrollo conlleve el encerrar en círculos herméticos su propia identidad*”.

Debemos entender que en los procesos de formación de los nacionalismos intervienen distintos factores que median en la estructuración de entes políticos y sociales y vienen seguidos de las transformaciones propias del avance social, aunque en muchas ocasiones los mecanismos para imponer sus principios desintegren la simbología que ha mediado en el transcurso del anterior sistema. De ahí, podemos añadir que la línea de consolidación de identidades nacionalistas no es más que otra forma de invención de culturas donde sus progenitores lo elevan a un orden secundario a través de la ideología apoyándose en los movimientos sociales.

En ese intervalo de consolidación de la identidad se crea una dependencia del espacio social. Los individuos cuando toman contacto con el entorno son adoctrinados, socializados y educados según valores, creencias, costumbres, hábitos y prácticas propias del intragrupo. En esta aproximación al entorno, es cuando el actor reflexiona e internaliza los elementos para sí y adquiere un compromiso con el grupo quedando subyugado a los intereses ideológicos del nacionalismo. Esta concesión incondicional dada al nacionalismo fue utilizada por las elites locales para alcanzar los objetivos prediseñados y utilizaron la cultura como inductor a la

6. Gellner, E. (1964), *Thought and Change*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, p. 168. La cursiva es nuestra.

disgregación con el grupo dominante, a la vez que fomentaron la solidaridad del grupo aludiendo a intereses de la minoría⁷.

En esta misma línea de análisis encontramos dos aspectos característicos de este periodo y que más tarde serán argumentos de los nacionalismos posteriores, la comunidad imaginaria y el despertar nacional. Para poner en funcionamiento la sociedad imaginaria los “padres” del nacionalismo eran conscientes de la necesidad de dotar de una base sólida a su movimiento y para hacerlo viable se acogieron a principios ordenadores basados en halos mitológicos con el objeto de ofrecer a la comunidad nacional un modo de actuar sobre el universo, asegurándole su posición moral, espiritual y material ante un mundo que se toma lleno de incertidumbre. Este uso de la mitología tenía un sentido de protección y recolocación del individuo en ese mundo extraño y complejo dotándole de sentido social. Por supuesto, para poner en funcionamiento estos mecanismos de absorción e identificación de los individuos de forma emotiva, era necesario ahondar en lo más intrínseco del ser humano y tomar como referente los ancestros. A partir de este momento comenzaron a dar forma a sus mecanismos de acción dibujando por medio de la animación mundos imaginarios y se presentaban como salvadores de la causa local o regional y, en el mejor de los casos, se inventaron una “cultura popular nacional” para dar sentido a su ideología nacionalista. Esta práctica era bastante común en sociedades primitivas:

“Esas historias [mitos] no deben su supervivencia a un interés gratuito, no se los considera como cuentos imaginarios, ni aún relatos automáticos, constituyen para él (*hombre desprovisto de sentido de la vida*) la expresión de una realidad primordial, y sobre todo, condiciona la vida presente, futura y las actitudes de la humanidad, y cuyo conocimiento proporciona al hombre la motivación de sus actos rituales o morales y al mismo tiempo le da indicaciones sobre los medios para realizarlos”⁸.

7. En este aspecto intervendrán posiciones de subjetividad de los individuos que tendrán que evaluar desde la perspectiva de intereses, condicionar su participación en la causa nacional permitiendo a los responsables de la política nacionalista disponer de su propia persona. La no adhesión significará el rechazo del grupo.

8. Malinowski, B. (1965), *Myth in Primitive Psychology*. Macmillan Londres, pp. 21 y ss. La cursiva es mía.

La utilización de elementos de identificación que impregnen la conciencia de los individuos y, más aún, la subconsciencia será fundamental para la manifestación del sentir nacional en la colectividad. Pero también antes de poner en escena este tipo de cuestiones resulta necesario valorar las consecuencias derivadas de su manipulación, pues puede tener efectos negativos y perversos para el mismo.

Aceptando los planteamientos de los constructivistas, los padres del nacionalismo elevaron su pensamiento al grado de ideología utilizando la mitología, la lengua, la territorialidad, la religión etc., como medio de persuasión para la incorporación de individuos a la causa nacional en pro de intereses particulares. Recordemos nuestra historia reciente, bretones, escoceses, vacos, etc. cuando izaron el estandarte del nacionalismo a finales de la pasada centuria (siglo XIX) se acogieron a la bandera de la diferencia cultural ante la inminente pérdida de influencia de poder. Parece evidente que las líneas que fundamentaron el tomar para sí ese sentir nacionalista aparecían ocultas en el descontento del devenir de las elites dominantes. La pérdida de influencia y la globalización política cambió el espectro local-regional y los intereses económicos y políticos ampliaron su proyección a un espacio mayor, de manera que las elites locales descendían peldaños de la escalera política. Es en este momento cuando muchos de los “señores locales” atezados por la dimensión adquirida del mundo social ven mermadas sus capacidades de dominación, optan por recurrir al sistema “feudal” resaltando la importancia que tiene la individualidad nacional y por supuesto, la individualidad personal. Entonces acometen una política de recuperación de la impronta dejada por épocas pasadas, recuperación de cantos, ritos, costumbres, derechos locales y regionales, etc., donde la aristocracia, la burguesía y el clero vuelven a ocupar los lugares predominantes en la sociedad local, a través del redescubrimiento de las objetivaciones de los valores subyacentes manifestados bajo el principio de “únicos”. Los héroes nacionales⁹ pasan a ocupar el vacío dejado en la conciencia social y diseñan modelos educativos basados en sus hazañas llevándoles a internalizar la nueva forma de expresión nacional.

9. Es la vuelta al pasado, recuperar la memoria colectiva de la Edad Media y encontrar un principio ordenador de la desestructurada sociedad nacional. Un ejemplo aparece en la arquitectura donde se intenta recuperar la memoria del pasado, neoclasicismo, neogótico, etc. Que vendrá acompañada de una nueva forma de expresión e identificación tomada por los nacionalistas como la nueva ideología, el nuevo lenguaje y la nueva nación. Para una mayor ampliación sobre el tema ver: SMITH, A. (1997), *Identity National*, Penguin Books, Londres, capítulo 3.

Los intelectuales y su participación en la creación de la cultura nacional

Está muy extendida la opinión que los intelectuales contribuyeron bastante en el despertar nacionalista. A este colectivo social se le han atribuido distintas formas de manifestar ese sentir nacional, pero también debemos decir que su influencia tuvo más repercusión en los primeros pasos del nacionalismo. En los nacionalismos que han permanecido vivos hasta nuestros días encontramos pocos intelectuales que alimenten este sentimiento social, cultural y político excluyente.

Esta implicación de los intelectuales en el proceder nacionalista tiene su raíz en la crisis de identidad sufrida a consecuencia del paso de una sociedad tradicional a una sociedad moderna. En este intervalo transitorio, los intelectuales pierden la orientación y estatus en el nuevo sistema social. Algunas tesis apoyan su argumentación en este punto, pero considerar como única esta idea nos lleva a caer en la simplicidad, porque por sí sola no tiene sentido, es necesario entrelazarlas con otras cuestiones como fue la pérdida de influencia política, el desfase con la masa social y, por supuesto, pérdida de valores ideológicos reductores de la capacidad creativa. El sumativo de factores sumergieron a los intelectuales en las profundidades más oscuras del ser. Esta incertidumbre humana fue exteriorizada en todas las artes: pintura, poesía, literatura, pensamiento político, etc. Friedrich¹⁰ lo expone en muchos de sus cuadros: *Viajero junto a un mar de niebla*, *Salida de la luna sobre el mar*; otros intelectuales como Rousseau, Sièyès, Fichte, Shillers, Höderling, etc. lo expresan en su género. Esa pérdida de confianza hacia el mundo conllevaba asociada la búsqueda incesante de fórmulas creadoras y de recuperación de su posición en el mundo. En el intento de solucionar su herrumbre algunos intelectuales recurren al pensamiento kantiano, y optan por imponer como principio regulador la *autonomía de la voluntad* y arguyen como causa de esa incertidumbre la falta de autonomía, y construyen

10. En la mayoría de su obra, este pintor expresa ese sentir de disconformidad con la sociedad, en la primera de las dos obras apuntadas percibimos un vacío y ruptura con el entorno. El hombre y la mar se unifican en esa desolación, el individuo permanece inamovible esperando que la mar le transmita un sentimiento de esperanza, mientras la mar enarbolada está expresando su malestar con la humanidad. Es decir, aparecen dos sentimientos solapados, el individuo vacío de contenido social observa como la muerte le llama para paliar su angustia (oscuridad del paisaje, traje negro, cerca del precipicio, etc.) y la naturaleza (a través de la mar) parece volverse contra el ser humano. El autor parece indicar de la necesidad de fusión entre la naturaleza y lo humano para sacar al ser humano de la desolación.

su ideal en la expresión Kantiana “el hombre perfectamente moral será aquel cuya voluntad sea pura, y la voluntad será pura si el único fin del hombre es realizar la pureza de la voluntad”¹¹. Otros pensadores más imbricados en cuestiones individualistas proyectan su pensamiento desde una visión existencial intentando dar una explicación transcendental de su propio estar en el mundo. Independientemente de su origen teórico ambos planteamientos llegan a un mismo fin, el nacionalismo. Sin duda aparecen claras diferencias, los primeros toman el sentir nacionalista desde una postura pragmática y recuperan o inventan formas diferentes de la poesía clásica, óperas y novelas históricas, mitos, costumbres, paisajes locales, etc., es decir, desde la subjetividad implantar una simbología y lenguaje propio. Con esta conceptualización del mundo subjetivo redescubren el *yo interno* que hasta ahora no habían podido expresar. El otro grupo intelectual planteaba sus aseveraciones desde la órbita dogmática y en vez de alcanzar la objetivación de la subjetividad de su pensamiento en el mundo, trataba de dar un sentido metafísico a su vida. Este grupo de pensadores serán los artífices del nacionalismo existencial. La característica de su nacionalismo será la existencia humana en el mundo y vendrá determinada por la transcendencia hacia el mundo nacionalista bajo el significado de hacer del mundo mismo el proyecto de las posibles actitudes y acciones del hombre. Los instrumentos que posibilitaran alcanzar este fin último llegará de la mano de estar en el mundo nacionalista cuyo significado para el individuo es poder ser a través de cuidarse de las cosas que le acontecen, cambiarlas, modificarlas, manipularlas, construirlas, repararlas; y en su anticipación el acto determinará la existencia del mundo nacionalista¹².

En ese intento de dotar a la sociedad de unos valores apelando a la razón y dotándole de un significado humano, los intelectuales intentaron crear un universo donde los individuos no perdieran su significación con el mundo y tomara una dirección de futuro, sin olvidar el pasado pero viviendo el presente, es decir, tradición, racionalidad y perfeccionamiento. Para alcanzar ese objetivo era necesario apelar a un principio integrador de la sociedad, la identidad cultural. Con este

11. García Moriente, M. (1986), *La filosofía de Kant*, Espasa Calpe, Madrid, p. 157.

12. Aunque los dos planteamientos derivados en la búsqueda de un equilibrio del ser. Unos plantean la realidad del mundo desde la practicidad de las cosas, o bien, el sentido material del existir en el mundo socializado. Los existencialistas del nacionalismo trascienden en la consecución de una estructura ontológica que dé sentido a su ser en un mundo negado al propio sujeto. Los dos pensamientos intentan hacer de la conciencia, el principal fenómeno del nacionalismo. Con la salvedad que los primeros lo interpretan de fuera hacia adentro y los segundos a la inversa.

punto de referencia podían lograr que los individuos tomaran conciencia de la nación y, así, generar una identidad cultural colectiva de nación.

La herencia nacionalista

El nacionalismo que hoy inunda nuestro mundo globalizado no difiere mucho del habido en periodos anteriores, siempre y cuando contextualicemos cada momento social. Digo esto, porque la base sustentadora de los nacionalismos ha sido siempre la misma, mantener viva la llama del pasado identitario pero con un objetivo, la dominación a través del poder.

Las distintas manifestaciones sobre la defensa de una etnia, religión, cultura, etc. han venido modificando la actitud de estos colectivos en función de las fluctuaciones económicas, sociales, culturales, políticas, ideológicas, etc. Atendiendo a la coyuntura, a las variables intervinientes y a la historia, el nacionalismo ha pasado por distintos momentos y en cada periodo ha tenido un apogeo y declive. Entre cada espacio temporal se fue incubando un nacionalismo: adaptativo a las demandas y necesidades sociales del grupo.

Estas reacciones humanas nos han puesto de relieve los distintos artilugios desplegados por las minorías en defensa de sus valores identitarios. Sin embargo, en muchas ocasiones tomamos como referencia del nacionalismo cuestiones que caracterizan a un grupo desde una imagen étnica o cultural, sin pararnos a detenernos que existen otras categorías de clasificación de esta idea. Por esta razón debemos hablar de dos grados de nacionalismo; de primer orden y de segundo orden. El primero incluye a los nacionalismos que centran sus demandas en cuestiones primarias. Entonces estamos hablando del nacionalismo cultural, étnico y religioso. El nacionalismo de segundo orden asciende un punto en la escala humana, y sus demandas atienden a valoraciones secundarias y, hablamos del nacionalismo económico, orgánico, existencial y excluyente.

Esto no nos debe llevar al enclaustramiento del nacionalismo en estas subdivisiones, porque existe y de hecho lo hay, una interconexión de unos nacionalismos con otros, es decir, existe un nacionalismo cultural con rasgos excluyentes, o un nacionalismo religioso amparado en principios económicos. Esta patronización del nacionalismo considera en sí misma los factores prístinos que han hecho posible el nacionalismo, afectivo y económico.

Otro punto continuando con lo anteriormente expuesto recae en la ubicación y contenidos del nacionalismo según el grado de tratamiento que hagamos de lo nacional. Si los factores que intervienen están referidos a la defensa de los derechos de un grupo minoritario frente a los del grupo mayoritario estamos hablando del concepto de *nacionalismo*. En cambio, cuando la cuestión contempla la unificación de todos los grupos bajo un mismo estado estamos refiriéndonos a *patriotismo*. Mientras en el lenguaje común uno no reviste una interpretación negativa el otro sí. En el fondo del asunto estos dos *ismos* presentan muchos rasgos comunes y los dos en menor cuantía buscan lo mismo, imponer a los individuos una forma de convivencia. Uno, utiliza como arma la diferencia y, el otro, la integración.

La territorialidad es un elemento al cual se acoge el nacionalismo para delimitar el universo sobre el cual bascula el pensamiento de los teóricos. Pero este elemento de intersección entre ambas teorías cambia su sentido y pasa a ser no intersección, en el momento que la identificación no solamente recurre a la territorialidad sino a otros principios reguladores como el colectivo multicultural, étnico, lingüístico, etc., estamos pasando del nacionalismo al patriotismo¹³.

Consideración final

Bajo mi opinión la evolución del nacionalismo se muestra como una consecuencia no deseada de la cultura¹⁴. La dirección tomada desde su nacimiento hasta llegar al momento actual manifiesta una perversión de su sentido originario de lucha y defensa de los intereses generales frente a los intereses particulares. Actualmente, este planteamiento generalista ha cambiado el rumbo y está siendo usado por un discurso en defensa de unos intereses particulares frente a los universales.

13. Aunque esta reflexión nos pueda llevar a entender el patriotismo como un nacionalismo no lo es. Porque patriotismo tiene elementos comunes con el nacionalismo y pueda incluso ser una derivación del otro. No podemos considerarlo como tal, debido a que la aplicación tiene una connotación opuesta.

14. Realizo esta apreciación porque la cultura no ha tenido un componente desintegrador como se nos presenta hoy el nacionalismo, su actitud en sí misma siempre ha tomado un sentido de integración dentro de la diversidad. Pero la perversión de su contenido la ha hecho cómplice de los adalides del nacionalismo.